

SUPLEMENTO PENSIONISTAS

LA GUAGUA

—*D*os de pien. ¡Vámoslo!

Expresiones como ésta eran habituales en las paradas de las guaguas hace años. Cuando comenzó a haber paradas, porque inicialmente las guaguas hacían su recorrido deteniéndose en los puntos que solicitaba el abigarrado pasaje.

Todo el sistema de transporte en *autobús* ha cambiado muchísimo. Antaño, las guaguas no respetaban un orden, sino que se adelantaban en alocada carrera entre el Puerto y Las Palmas, Las Palmas y el Puerto, por unas vías nada adecuadas de las que sobresalía el empedrado que mantenía los raíles del tranvía.

Paulatinamente, el mundo de las guaguas ha ido perfeccionándose y haciéndose más complejo para atender las crecientes necesidades de una población en notable expansión. De aquellos primeros artilugios de madera hemos pasado a unos enormes coches articulados que recorren las calles de la ciudad. Inicialmente, las guaguas llevaban asientos enfrentados, excepto dos puestos al lado del chófer. ¿Ventanillas? No existían; si llovía, simplemente se bajaban unas lonas que iban enrolladas a lo largo del fuselaje y que, a modo de mirillas, portaban unos recuadros de materia cuasi transparente por donde comprobar si era o no la parada en que había que bajarse.

La guagua llevaba adheridos muchos avisos: *Se prohíbe hablar con el conductor*; o *Se prohíbe fumar o escupir así como llevar bultos o mercancías que por su volumen o contenido puedan molestar a los señores viajeros*; también *Caballeros mutilados*, por el que se pretendía reservar un asiento a los impedidos, aunque no hiciera falta el cartel, pues, nada más subir uno de ellos, o una señora o señorita en la guagua, enseguida se levantaban varios niños y hombres a



ceder su asiento.

El aviso de parada era un artilugio que difícilmente tenía problemas. Unos cordones de cuero recorrían la guagua de punta a punta; de ellos colgaban unos tiradores que, al ser accionados, golpeaban un timbre instalado sobre el asiento del chófer.

Trabajaban en la guagua durante el trayecto dos personas: el conductor y el cobrador. Este último era el encargado de la organización de los viajeros. Subían por un lado, bajaban por otro, se revolvía entre los pasajeros, cobrando a cada uno según su trayecto y entregándole el pertinente billete de diferentes colores, según el importe. Vigilaba, ¡por supuesto! a quienes pretendían no pagar o, simplemente, pagar menos por un recorrido mayor.

Poco a poco las guaguas comenzaron a modernizar su formato, pasando a tener asientos dobles en el sentido de la mar-

cha, con huecos de acceso y salida a ambos extremos; nada de puertas. Por fin llegaron unas guaguas inglesas, con asiento de gomaespuma, con algunos ejemplares de dos pisos. No eran nuevas, pero aquí se les daba un repaso y salían a airear los colores azul y amarillo (que sustituyeron al crema con alguna franja roja inicial) de nuestra bandera.

También se multiplicaron las líneas. La línea 2 fue la primera alternativa al recorrido único (sólo tenía la variante de las que llegaban sólo hasta el Parque Santa Catalina); y no era gran cosa.

Hoy las guaguas son muy otras. Modernos autobuses, múltiples recorridos, precio único por recorrido, ... ¡Las necesidades del desarrollo! Sólo en el recuerdo, allá en el fondo de la memoria, surge la voz de un cobrador anónimo:

— *Al Puerto, dos sentados y tres de pien. Vámoslos...*

EN ESTE NÚMERO, NUESTROS AMIGOS JUAN Y DAVID NOS HABLAN DE LAS MÚLTIPLES VENTAJAS QUE TIENE EL SER TITULAR DE TARJETA CANARIA

UNA CONVERSACIÓN INFORMAL

En nuestro anterior número de este suplemento de Aguayro, dedicado a los pensionistas, presentamos dos personajes (Juan y David)⁽¹⁾ a nuestros lectores. Ellos nos mostrarán a través de sus conversaciones y desde estas mismas páginas distintos aspectos de La Caja; les dejamos con ellos:

Hoy, nos los encontramos en la calle Triana, justo a la altura de la calle Domingo J. Navarro, dando uno de sus acostumbrados paseos.

David.— Abuelo, recuerda que me dijiste que tenías que sacar dinero.

Juan.— Es verdad, vamos allí enfrente que están los cajeros de La Caja.

(Abuelo y nieto entran en el cajero)

Juan.— Hay que ver lo cómodo que es este invento de los cajeros automáticos. ¿Sabías que tengo domiciliada mi pensión y que al cobrarla a través del cajero puedo hacerlo con prácticamente cinco días de antelación?

David.— La verdad es que no lo sabía, pero ya me extrañaba a mí que no fueras por la oficina los primeros días del mes como hacías antes.

Juan.— Hombre, la verdad es que echo de menos el ver a los compañeros que nos reuníamos todos los meses para cobrar la pensión. Pero quitando ese punto de vista algo romántico, este sistema de cobrar a través de los cajeros automáticos es mucho más cómodo. Ten en cuenta que las colas, aunque estén llenas de conocidos, son una lata y una pérdida de tiempo y eso de que a los jubilados nos da igual el tiempo porque no tenemos nada que hacer es una solemne tontería que se inventó “algún aburrido de la vida” como dirías tú. ¡Yo tengo muchísimas cosas que hacer!, aunque las haga más despacio que antes.

De todas maneras, algún día del mes suelo ir a mi oficina de La Caja de Ahorros a saludar a los amigos que allí trabajan, porque los considero así, como amigos, ya que siempre el trato que han tenido conmigo y con toda nuestra familia ha sido, aunque suene cursi, exquisito.

David.— Abuelo, tengo entendido que, además de poder cobrar la pensión de manera anticipada si la tienes domiciliada y retiras el dinero por cajero automático, existen otra serie de ventajas.

Juan.— Desde luego, en primer lugar participo en los sorteos mensuales, que



“El lugar donde se desarrolla nuestra historia...”

dan derecho a que si sales premiado cobrar ese mes la pensión duplicada, un interesante sorteo en el que ya han sido agraciados algunos amigos míos. Porque éste es de los que toca de verdad. Ya sabes que La Caja de Ahorros celebra todos sus sorteos ante notario.

David.— Sí, todo eso está muy bien, pero además de los sorteos ¿qué?

Juan.— Pues que gozo de todas las ventajas de los poseedores de Tarjeta Canaria, sean pensionistas o no. Por cierto, que La Caja acaba de sacar una Tarjeta Universitaria que para ti, que ya te queda poco tiempo para entrar en la Universidad será muy interesante, aunque de eso ya tendremos tiempo de hablar más adelante. Bueno, pero retomando el hilo de la conversación, te decía que los que tenemos la Tarjeta Canaria podemos comprar en más de 6.000 establecimientos, disponer de dinero en efectivo en una red de 183 cajeros o, incluso operar o comprar en la península y en el extranjero.

David.— Yo he oído muchas veces las palabras “débito” y “crédito”, ¿me podrías explicar qué significan?

Juan.— Las tarjetas de “débito” son aquellas que operan en efectivo, es decir con el saldo que tienes en la cuenta. Las de “crédito” lo hacen con un préstamo por así decirlo que el banco o caja te conceden y que normalmente pagas a plazos. La Tarjeta Canaria tiene las dos posibilidades, ser de “débito” y de “crédito”. El crédito de la Tarjeta Canaria para aquellos que así lo han solicitado, puede ser al mes, sin intereses, o a plazos.

David.— Abuelo, alguien está esperando para entrar en el cajero, démonos prisa.

Juan.— Sí, venga, no es cuestión de hacerlo esperar, otro día seguiremos hablando de estos temas...

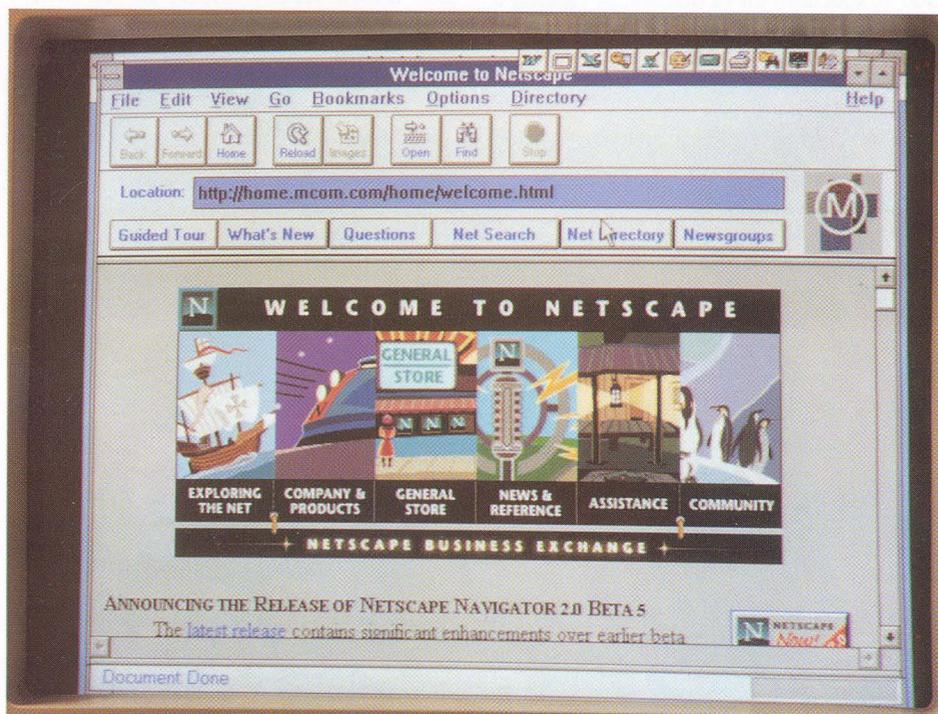
⁽¹⁾ Juan tiene 65 años y actualmente está jubilado, durante toda su vida profesional trabajó en una entidad de ahorro. Goza de una excelente salud, buen nivel cultural, talante liberal y adora a su nieto.

David, su nieto, tiene 16 años y estudia 2º de B.U.P. Es un chico inquieto, buen estudiante, deportista y siente verdadera devoción por su abuelo.

JUBILACIÓN E INACTIVIDAD NO SON SINÓNIMOS



Los clientes de La Caja que tienen domiciliada su pensión participan en interesantes sorteos. En la foto vemos a don Juan Pérez Medina en el momento de recoger su premio de "Doble Pensión"



Las nuevas tecnologías permiten que cada día se puedan realizar más tareas laborales desde el propio hogar

Quizás, uno de los problemas que se plantea más seriamente cualquier ser humano a la hora de afrontar la edad de la jubilación es el miedo a no tener nada que hacer, a ver pasar las horas y los días sin más ilusión que la vieja máxima de "amanece que no es poco". Es lógico pensar que quienes ven con estos ojos el tiempo del retiro intenten que éste no se produzca y que tengan verdadero pánico al momento en que el día señalado sea tachado en rojo en el calendario, porque después de esta tachadura queda una larga hilera de números negros que quizás no tenga sentido tachar.

Estamos inmersos en un mundo donde la actividad e incluso la hiperactividad es sinónimo muchas veces de eficacia, en donde la rapidez y la seguridad son atributos laborales y la experiencia cada vez deja más paso a nuevos valores cuya comprensión quizás se les escapa a los menos jóvenes. Una sociedad que se basa de manera primordial en lo que



Ahora, tras la jubilación, es un buen momento para disfrutar de los espectáculos y la cultura en general

podríamos definir como "cultura del trabajo". Una manera de pensar y de afrontar las cosas que considera que aquellas personas que están haciendo una labor, es decir trabajando, tienen una justificación ante sus semejantes, por lo que se puede afirmar de ellas que tienen su tiempo ocupado en provecho de la sociedad.

Por ello, cuando llega el momento del merecido descanso nos asaltan las dudas, dudas que pueden llegar a convertirse en un verdadero problema, ya que el dilema no reside tanto en el no tener realmente nada que hacer, sino en el vacío que se puede crear en nuestro interior al sentir que podemos perder esa importancia y reconocimiento social con el que hemos convivido durante buena parte de nuestra vida. Tengamos en cuenta que no sólo varía nuestra actividad y costumbres, sino que hasta cambia el término con que los demás nos denominan, se pasa de pertenecer a la llamada "población activa" a las denominadas "clases pasivas".

De entrada, este nombre ya comienza a asustar, el término pasivo tienen una connotación muy evidente, hablando en plata viene a significar: "no hacer nada" y, de siempre, en la sociedad hemos sido muy duros con aquellos que no hacían nada, los hemos llamado parias, chupópteros, holgazanes, etc.

¿Cuál es entonces la diferencia entre esos seres pasivos y nosotros? Pues es evidente, nuestra pasividad debe basarse única y exclusivamente en un cambio de actividad, nunca en una parada en seco, en un frenazo.

Retomando la idea que ya apuntamos al comienzo de este artículo, la cultura del trabajo significa para muchas personas que quienes no estén realizando una labor remunerada no están contribuyendo al sostenimiento del sistema.

Sin embargo, esta afirmación, aunque esté muy extendida, no es del todo cierta. Que el trabajo ennoblece a la persona sí que parece un pensamiento válido y así ha sido aceptado a lo largo de la historia de la humanidad. El dilema podríamos establecerlo en otro nivel, ya que el concepto que pueda variar es el de ¿qué consideramos como trabajo?

Hasta ahora, se ha considerado como trabajo normalmente al realizado fuera de casa y sujeto a un horario determinado. Mucho ha costado que a las amas de casa se les reconozca el que realmente ellas también trabajan e incluso aún en muchas sociedades sigue sin considerárselas, también en la nuestra hay quienes ven una clara diferencia entre la labores ("sus labores") realizadas en casa y las que se ejecutan en la oficina, la fábrica o el taller.

Sin embargo, esta concepción: la de que el trabajo que se realiza fuera del hogar es el único válido tiene que ir cambiando al ritmo de los tiempos, máxime cuando las nuevas tecnologías permiten que muchas tareas (uso de los ordenadores personales, módem, faxes, Internet, etc.) sean realizadas sin tener que pisar para nada la calle, sentados en el dormitorio o en el salón de nuestras casas frente a la pantalla de un monitor.

Por lo tanto, estamos empezando a asistir a una serie de cambios que van a tener una repercusión importantísima sobre nuestro tiempo. Permittiéndonos, al menos en teoría, contar con más horas libres. Por otro lado, la tendencia es que aquellos trabajos más pesados, es decir los que conllevan un mayor esfuerzo físico pasen a ser realizados por máquinas, al igual que todas las tareas de tipo repetitivo.

Todo este panorama de pequeñas revoluciones, lleva consigo una vuelta al hombre como persona humana, un regreso a planteamientos más humanistas de la vida en base a que podamos recuperar parte de ese tiempo que el trabajo nos absorbía y dedicarlo al cultivo de otras actividades, es lo que ha pasado a llamarse en estos últimos años, la mejora de la calidad de vida.

Es quizás esta óptica la más adecuada para plantearnos esa nueva etapa de nuestra vida que se inicia al llegar el tiempo del retiro, la de mejorar nuestra calidad de vida. No se trata, como decíamos antes, de un "stop", nos encontramos más bien frente a un "ceda el paso", en el que nuestra parada no es tal, es simplemente un aflojar la marcha el tiempo estrictamente necesario para mirar a ambos lados (lo que dejamos atrás y lo que ahora viene), meter la segunda y seguir un nuevo camino.



Las fiestas son un buen medio para establecer nuevas amistades y ocupar parte del tiempo libre